

CONTESTACIÓN
de
DON FÉLIX QUINTERO

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia.
Señor:

La Academia Nacional de la Historia acoge vuestra incorporación con verdadero júbilo, ya porque ve en vuestro ingreso la adquisición de un elemento útil y sano que viene a robustecer las filas de sus individuos de número, ora porque venís precedido de una aura de simpatías que le ha dado a vuestra recepción el carácter de una fiesta de familia, celebrada en honor del miembro ausente, vivamente esperado.

Debéis sentir intensa satisfacción en estos momentos, porque vuestra presencia en el ambiente de cordialidad donde os encontráis prueba el acierto de esta Academia al elegeros y las esperanzas fundadas que vuestros correctos procederes y la afición que habéis demostrado siempre por los estudios históricos hacen concebir legítimamente de que habréis de ser uno de los más asiduos y entusiastas colaboradores en el seno de esta docta Corporación.

Venís a tomar asiento en la curul ilustrada por la vasta erudición de Don Julio Calcaño, aventajado literato, a quien las musas acariciaron con los dulces encantos de su belleza mágica y nutrieron el buen decir con las maravillas de la forma elegante y del fondo meduloso, la historia con las severas lecciones de su eterno enseñar y la espada con el honor de su disciplina y el prestigio de sus laureles.

Dilatada actuación tuvo Don Julio Calcaño en las letras patrias y sus producciones siempre fueron acogidas con el aplauso que se le tributa al escritor que expresa su pensamiento en lenguaje castizo, lleno de la sencillez y comprensibilidad, que son gajes del buen sabor literario y que hacen amena la lectura, proporcionándole inefable solaz al espíritu y nueva fuente de conocimientos a la inteligencia.

Como todo escritor que ha bebido en los puros orígenes de una lengua fecunda y rica, y por tanto conocedor del secreto de su belleza, siempre anduvo en pugna con lo que pudiera llamarse hoy desplantes literarios, por decir lo menos, porque aún está por calificarse con propiedad adecuada a esas ensartadas de palabras sin sentido, sin armonía, sin medida y rebeldes a toda regla,

que expresan todo lo que quieren sus autores para no ser comprendidos, y cuya lectura, por pesada e improductiva, la desechan los mismos que acostumbrados a vivir en el parnaso hacen de la literatura una segunda naturaleza.

Interesante y laborioso es vuestro trabajo de incorporación, porque la genealogía del Gran Mariscal de Ayacucho, tratada *in extenso*, como lo habéis hecho, era una necesidad para completar la vida de tan ilustre cumanés, a la vez que rendirle ese homenaje de admiración y gratitud.

Todo es sugerente en el Gran Mariscal de Ayacucho. Su esclarecida estirpe, donde figuran encumbradas personalidades de la más rancia nobleza castellana; sus acertados estudios de ingeniería que tanto le valieron para ir recto al centro del enemigo; su carrera militar, caballeresca y nítida como la de los cruzados medievales; sus estratégicas retiradas llenas de ciencia; sus triunfos ruidosos donde siempre resplandeció la suprema victoria del acero vencedor; y su lealtad a Bolívar, convertida en el culto más sagrado que mortal alguno haya albergado en su corazón.

Cuando se medita sobre Bolívar, se juzga uno capaz de escalar Los Andes, posarse en la cumbre para contemplar la América Austral, con sus hombres, sus hechos y sus cosas, respirar el éter de esas altitudes, interrogar el infinito para ver de descubrir en sus arcanos insondables los misterios tan avaramente guardados y tan deseados por la humanidad, y con tan poderosos alientos, y armado con los arreos de la libertad, acometer las empresas gigantescas realizadas por el genio del Libertador.

Si se piensa en Páez, se cree uno centauro de Los Llanos, con la poderosa lanza en la diestra y la brida del indómito corcel en la siniestra, y en el ancho pecho una plétora de amor por la libertad y de fascinación por la gloria.

Y cuando se habla del Gran Mariscal de Ayacucho, late el corazón inspirado por los más nobles sentimientos y la inteligencia es asaltada por los ideales más altruistas, y es porque el ser humano, ávido siempre de imitar lo grande y lo excelso, déjase fácilmente arrebatar y subyugar por el dechado de belleza moral que encierra la existencia del héroe, y en ese momento se forja la ilusión de poderlo emular, conceptuándose apto para llevar a término semejantes acciones, de concebir tan elevados pensamientos y de practicar los principios de magnanimidad, que más de una vez constituyeron el éxito y el prestigio del Gran Mariscal de Ayacucho.

Pero triste es confesarlo, todo esto no ha sido, es y será sino un bello espejismo de la fantasía sentimental, porque la historia proclama a todos los vientos que el hombre, refractario siempre a seguir los claros rumbos trazados por esos seres privilegiados, naufraga en escollos idénticos donde han fracasado sus predecesores, y acreciendo el caudal de errores, desaciertos y desmanes, entenebrece aún más el fatídico arsenal histórico con nuevas formas de la maldad, del odio y del terror que, en progresión ascendente, llegará a culminar cuando la corrupción moral adquiera su mayor grado de potencialidad y la inteligencia depravada descienda hasta el abismo de sus más tétricas lucubraciones.

El crimen más espantoso se encarga de sancionar con elocuencia abrumadora la veracidad de esta exposición.

Cuando el héroe de Pichincha, abatido y decepcionado volvía a sus lares

dejando en disolución a la Gran Colombia, no pensó jamás que la asechanza, la infidencia, la calumnia y la envidia se habían conjurado y escogído-lo como víctima propiciatoria para inmolarla en holocausto a sus bajas y ruines pasiones: que los ambiciosos, los desleales y los fracasados, echando de menos la pesada esclavitud, esgrimieran tan pérfidas armas para acabar con el Libertador, con su inmensa creación y con su leal y abnegado Teniente.

Y ¡oh! misterio de la fatalidad, suena en medio de tétrico paraje el arma homicida, y el Gran Mariscal de Ayacucho deja de ser. Las furias del Averno, mentoras de aquel insólito atentado, estaban satisfechas, y la Gran Colombia en los estertores de supremo momento envolvía en la penumbra de una eterna despedida al immaculado Teniente y a su inmortal creador.

Ocaso trágico y melancólico de aquel grande hombre, cuya brillante actuación en las lides libertadoras de la América lo colocó a la diestra del Libertador, para que exhibiera en toda su magnitud la esclarecida talla, de quien supo interpretar los sublimes propósitos de la Revolución Emancipadora tales como los concibiera el genio portentoso del Padre de la Patria.

La Europa, en la tragedia cuyo desenlace hoy palpamos, ofrece otro ejemplo de la verdad de lo aseverado. La civilización no ha hecho sino inventar los medios cada vez más eficaces para que el hombre destruya al hombre, y como insaciable deidad infernal, su regocijo ha ido creciendo cuando la matanza, el exterminio y el aniquilamiento van siendo más intensos; y todavía no satisfecha con los estragos del sombrío panorama, pone en juego las pasiones más intransigentes, los odios más recónditos y los intereses más opuestos, como si se propusiera preparar una nueva catástrofe, donde habrían de consumirse las riquezas y las vidas escapadas a la vorágine del pavoroso incendio y lo poco que aún queda de lo elaborado por el progreso en el incesante trajín de tantos siglos.

Qué contraste, repito, entre estos sombríos procedimientos y los empleados por nuestro héroe en los mismos ardientes campos de la guerra. Aquel cumplido caballero, nacido para cultivar las dilectas emociones del alma, hizo del vencido de hoy un aliado del porvenir, y procuró con las leyes del honor y la diplomacia de la lealtad suavizar las duras asperezas del fracaso, para que surgieran del propio seno del desaliento y la derrota vigorosas y saludables energías que habrían de borrar las malas impresiones, tan acremente acumuladas en el recio y largo batallar, y sustituirlas con los lazos de cordialidad, que más tarde traerían el acercamiento y la perfecta inteligencia con la Madre Patria.

El arte de la guerra practicado por el Gran Mariscal de Ayacucho arroja inmenso prestigio sobre el Continente Sudamericano, y especialmente sobre este pedazo de hermosa tierra que la naturaleza no se fatigó de engalanar con sus encantos, ni el Dios de las naciones de dotar con hombres cuyos hechos colman de purísima luz las páginas de la contemporánea historia y mantienen palpitantes en el corazón y en la mente de los venezolanos el amor por los grandes ideales de la existencia y la constante visión de un pasado que, cimentado sobre bases de pura gloria, los estragos del tiempo no podrán aniquilar jamás.

La crítica filosófica, al estudiar las modalidades del carácter en Antonio

José de Sucre, hace resaltar la ecuanimidad que preside todos los actos de su vida, y de aquí el sello de grandeza y de justicia ostentado gallardamente por sus obras, como una manifestación de la conciencia moral que de manera tan hermosa como dilecta privaba siempre en todas las deliberaciones del Gran Mariscal de Ayacucho.

Selección de una raza intrépida y arrogante que, al pasar los trópicos, renovó la vitalidad de su atavismo con la asimilación de los elementos étnicos de estas lujuriosas regiones, donde el aborígen ignorante e ignorado gozaba de una libertad sin límites que, arrebatada violentamente en nombre de la civilización, fue sustituida por un orden de cosas que más tarde combatieron ruidosamente los descendientes de aquélla, para hacer surgir de las ruinas de tanto poderío, depurada y radiante, la misma libertad que durante tres siglos vagó errante y triste por las opulentas selvas de la América Austral.

Evolución sociológica que explica de modo convincente el origen y desenvolvimiento del complicado problema de la Revolución Emancipadora, porque los dirigentes de la magna empresa fueron hijos de encopetados peninsulares que no solamente holgaban en una vida llena de honores y comodidades, sino que, dueños de esclavos y de haciendas, eran los llamados en el porvenir para radicar en estos países permanentemente las ideas y las tendencias cada vez más conservadoras y absorbentes de la coronada metrópoli.

Y como se ve por el importante trabajo del nuevo Académico, nuestro héroe perteneció a uno de esos escogidos linajes, que supo enaltecer con hechos resonantes, y que la posteridad hacen repercutir siempre, para estimular el espíritu público con los ejemplos de virtud eximia, donde a cada paso se descubren inagotables veneros de riqueza moral, cuya influencia sobre la imaginación la exalta saludablemente encaminándola por las amplias sendas del bien hasta llegar donde se confunden los sanos principios con los propósitos benéficos, para hacer efectivos en los pueblos y en las sociedades su bienestar y engrandecimiento.

La psicología moral del General Sucre correspondía armoniosamente con la altivez de sus condiciones físicas, y así lo hace constar el Coronel Manuel A. López en sus recuerdos históricos, cuando describe con esmero el momento en que el héroe de Ayacucho, antes de la batalla, arenga al "Batallón Vencedores", del cual formaba parte el expositor, y dice: "Su tipo, todas sus facciones son las de la delicadeza, la circunspección y el pundonor; el timbre de su voz es fino y firme como él. Viste levita azul cerrada, con una simple hilera de botones dorados, sin banda, ni medallas; pantalón azul, charreteras de oro, espada al cinto; Geraldino y dos más lo acompañan. Tocados por su presencia como por una corriente eléctrica, al llegar él echamos armas al hombro, nos saluda cortésmente moviendo la mano derecha, deja descansar la izquierda con la rienda sobre el pico delantero de su galápago húngaro; y a tiempo que la inquietud de su castaño contrasta con su tranquilidad británica de actitud y expresión, nos dirige la palabra."

Y España la legendaria ha debido prorrumpir en un grito de admiración por el hijo de su raza, que de manera tan noble y gallarda hace resaltar en el campo inmortal de Ayacucho, la grandeza de la ibérica nación, agigantándola con sus talentos y sus raras actitudes, para hacer que la magnanimidad, suprema

virtud de los espíritus cultos y templados, mitigase con la delicadeza de sus atributos la profunda nostalgia producida por la pérdida de las hermosas colonias, cuyos exuberantes dones tantos deseos hicieron concebir a la codicia y la ambición.

Y para terminar, señores Académicos, exclamo con el eminente Historiador Doctor Don Laureano Villanueva, en un rasgo de sublime inspiración: "Si en el seno inmenso de la eternidad llamara Dios a juicio las almas de los grandes para coronar de inmortal luz divina al más virtuoso, ni Bolívar, ni Washington, ni Lincoln, ni los Antoninos querrían disputar el lauro celeste al héroe mártir que reveló a los americanos una política moral que enseña la purificación del patriotismo por la abnegación, la probidad y el ejemplar cumplimiento del deber."

Sed bienvenido, señor.